



presencia de cruz-coke

por Ricardo Cox

Todo el mundo sabe que Eduardo Cruz-Coke era una personalidad extraordinaria, por completo marginada de lo común y corriente. No es menos cierto que la amistad está muy lejos de ser incompatible con la desproporción entre personas. Hay siempre entre los seres humanos más de algo en común; pero la afinidad entre ellos es un capricho de la naturaleza que encierra sus enigmas. Como los tiene también, sin regla y sin lógica, la vida de los hombres, de aquellos sobre todo que el genio o la fortuna elevaron a capricho sin preservarlos por eso de su Santa Elena ni menos del rasero de la muerte.

Cuando apenas se recibía de médico, Cruz-Coke era un camarada muy afable, muy liviano, interesado por igual en la acción y en las ideas, urgido por el tiempo, presente en todas partes donde alguien lo esperaba, infaliblemente sonriente, fino como un cortesano, olvidado de sí mismo como un monje. Se le encontraba en la Asociación de Estudiantes Católicos, de la cual era presidente. Surgía de él un cierto embrujo, como de un mundo rico y denso que llevaba consigo, tal una salva encantada, pero que no podía mostrar, porque no la conocía sino que la exploraba y porque no tenía tiempo para dedicarle su curiosidad. Este tiempo lo encontraba, lo fabricaba, en los trayectos de una ocupación a otra, de la casa a un enfermo, a otra. "Espérame un momento. Tengo que ir a tal punto... Entonces... el psicoanálisis es curativo, como lo es la confesión. La disposición en el paciente es necesaria en el tratamiento... Difícil suplirla para el médico... Como tampoco la buena disposición suple al confesor perspicaz". Casi no tenía tiempo

de conversar fuera de las horas de comida. Me invitaba entre otros, en particular Pedro Lira, a comer, sin posibilidad de recíproca, por lo ajustado e incierto de su horario. Allí conocimos a su distinguida madre, de quien recuerdo que gustaba usar la lengua nativa cuando era favorable la ocasión, a la cual el inolvidable Luciano contribuía con el francés más "dégagé" que nunca oía a un chileno.

Este primer período de amistad fue breve. Apenas alcanzó a saber su compromiso en matrimonio con una creatura angelical. Residiendo en el campo, sólo venía a la ciudad por diligencias. Nos volvimos a ver con regularidad nueve años después. Ahora Cruz-Coke era un médico de moda en Santiago. Su hogar parecía no tener puertas. Entraba todo quien tenía algo que hacer allí. El recinto adonde se llegaba a la hora de los amigos, que ahora era el mediodía, estaba poblado solamente de libros y revistas. Pero era frecuente el día en que llegaba o esperaba alguien, algún matrimonio, burocrata o ayudante. Y él aparca desde la calle, radiante de entusiasmo, por alguna idea que había desarrollado en clase o pensado en el camino. Llegaba Marta, fresca y cordial, como si un hada invisible hubiera organizado cada cosa en aquel santuario del amor, trabajo, y amistad. La mesa era para conversar. El dueño de casa, mientras menos los participantes, con más libertad planteaba sus temas. Los niños estaban chicos. Sólo rara vez tenían ocasión de celebrar a Martita. Recuerdo de esa época un debate que dió bote varias veces de un almuerzo a otro. Una cosa es la capacidad, otra es el genio. No comprometen

P. 28 - PORTADA. Nº 45. MAYO 1974. SANTIAGO

669.233

AUTORÍA

Cox, Ricardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presencia de Cruz-Coke [artículo] Ricardo Cox. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile